

REVISTA CHILENA

Enrique Matta Vial

DIRECTOR:

ENRIQUE MATTA VIAL

SUMARIO

	Pág.
Augusto Orrego Luco.—Don Victorino Lastarria: Impresiones y Recuerdos.....	5
Moisés Vargas.—La reorganización del Ministerio de Relaciones Exteriores y la Dirección de nuestras Relaciones Internacionales.....	48
Samuel Ossa Borne.—Un té de amigos (Algunos recuerdos de Manuel Rodríguez Mendoza y Rubén Darío). (1878-1890).....	69
Alberto Edwards.—Datos y Observaciones sobre las Finanzas Municipales de Chile.....	81
E. Díez-Canedo.—El Centenario de Zorrilla.....	87
Domingo Santa María.—Cómo se dictó la Ley Interpretativa del antiguo artículo 5.º de la Constitución.....	92
Pedro Antonio Gonzalez.—Occidentales.....	96
José Victorino Lastarria.—Diario desde Junio de 1849 hasta Marzo de 1852.....	98
Bibliografía.—The Diplomatic Protection of Citizens Abroad, por Edwin M. Borchard.—Statute Law Making in the United States, por Chester Lloyd Jones.—La Religión de J. J. Rousseau, por Pierre Maurice Masson.—La Sombra de Goethe, por Armando Donoso.....	108

Publicación Mensual

Suscripción anual: \$ 18

Número suelto: \$ 2.50

SANTIAGO DE CHILE

MCMXVII

SEGUNDA EDICIÓN

DON VICTORINO LASTARRIA

IMPRESIONES Y RECUERDOS

Conversando con frecuencia con un hombre de un espíritu vigoroso adquirimos pronto el hábito de considerar las cosas bajo el mismo aspecto que él.

(Emerson).

El recuerdo de Lastarria despierta en mi espíritu la emoción de una honda y conmovedora simpatía.

Su fisonomía, animada y expresiva, asoma risueña entre los más lejanos recuerdos de mi infancia.

Remontando la corriente de los años, vuelvo a mi niñez, vuelvo a ver en Valparaíso el salón de la casa de mi padre, el gran salón de altas ventanas, obscurecido por las pesadas y sombrías colgaduras de aquel tiempo; vuelvo a ver a don Victorino, como lo ví entonces tantas veces, sentado en un sillón, teniéndome de pie entre sus rodillas, y yo, con el codo apoyado en su pierna, y con la cara apoyada en mi mano, escuchando lo que me contaba, con la atención inquieta y ávida del niño; y vuelvo a sentir en la gran sala, el eco plateado y sonoro de su risa, de esa risa tan peculiar, tan suya, de un buen humor tan sano, de una alegría tan expansiva.

Quería a ese caballero tan amable, que contaba cosas tan bonitas; y cuando lo veía llegar, iba corriendo a colgarme de

su mano. Quería a ese señor Lastarria, de nombre eufónico y sonoro, a quien todos miraban con respeto y que a mí me miraba con cariño.

Más tarde, mucho más tarde, cuando vine a seguir mis estudios en Santiago, fui amigo y compañero de algunos de sus hijos. Frecuenté su casa, a que nuevos lazos de parentesco me ligaron por el matrimonio de Eduardo de la Barra.

La casa de don Victorino estaba entonces al pie del Santa Lucía, en un espolón que formaba el cerro al avanzar hacia la antigua calle de Tres Montes.

Ahí se levantaba a cierta altura una terraza, que rodeaba una de esas rejas puntiagudas, que forjaban los herreros de la colonia. Una ancha escalinata de piedra daba acceso a la terraza, en cuyo fondo se alzaba el edificio. Era una construcción sencilla, de dos pisos. Tenía en los extremos de su frente dos especies de torreones cuadrados, unidos en el segundo piso por una ancha galería.

En el piso bajo daban a la terraza las ventanas del salón en que se reunía el «Círculo de amigos de las Letras».

En el piso alto, daban al frente las ventanas de un espacioso escritorio, rodeado de una estantería abierta y baja. Sobre los estantes dos grandes bustos: Jorge Washington y Henry Clay. Formaba con esos dos bustos, severos y grandiosos, un picaresco contraste la pequeña estatua de Beranger, que guardo en mi escritorio como un recuerdo de Lastarria.

Al lado de una de las ventanas había un gran sillón a la Voltaire, tapizado con cuero rojo; y en el fondo de la sala una mesa ancha, un poco baja, de patas gruesas y pesadas, en que el tallado imitaba toscamente las patas del león. Sobre esa mesa el pequeño pupitre, que llevó en todos sus viajes, y le sirvió toda su vida de escritorio.

Aquella casa vieja, desmedrada, de ventanas estrechas con rejas fuertes y salientes; que se erguía con cierto desdén altanero, sobre el nivel bajo y vulgar que la rodeaba; en ese barrio

apartado y silencioso, de callejuelas estrechas y tortuosas, que transcendía a cosa antigua y en que todo respiraba el aire de otro tiempo; aquella casa, en ese barrio, despertaba no sé qué evocaciones lejanas, no sé qué vago sueño del pasado.

Esa era la antigua casa de Lastarria,—marco apropiado para encuadrar su fisonomía moral y su carácter.

Ahí vivió muchos años, ahí lo vimos muchas veces en su escritorio, envuelto en su ancha capa, con un gorro bordado en la cabeza y las manos cubiertas con mitones; sentado en el sillón rojo, absorto en su lectura, o paseándose a lo largo de la pieza; reflexionando o componiendo sus escritos,—porque don Victorino tenía como Rousseau el hábito de pensar y componer paseándose, como si el movimiento favoreciera la actividad de su cerebro, y tal vez esa manera de elaborar sus períodos, debió en cierto modo contribuir al acompasado ritmo de su estilo, a la armonía y la cadencia de sus frases.

Don Victorino era en esa época un hombre de mediana estatura, corpulento, de espaldas anchas, ligeramente encorvadas por el hábito de inclinarse sobre el libro y el pupitre, pero todavía muy entero y de una estructura que parecía vigorosa.

Había en toda su persona esa posesión de sí mismo, esa importancia, de los que tienen conciencia de su fuerza y su valer. En su manera de andar, en todos sus movimientos, había algo de resuelto y decidido y algo de solemne.

Su cabeza era pequeña. Su fisonomía de rasgos acentuados, con una mandíbula fuerte, una boca de líneas delicadas y de labios finos, era de un color pálido; tenía esa palidez de un mármol patinado por los años, que hacía resaltar el color oscuro de sus ojos y el color negro de sus bigotes y sus cejas, acentuado por el *cabo*, que era en esos tiempos de uso muy común para disimular los pelos del bigote tostados por el fuego y el humo del cigarro.

La maledicencia se apoderará más tarde de ese *cabo* para transformarlo en una caja de afeites, en un estuche de *beauté*, y el inocente cosmético, que casi todos usaron en su tiempo, pasará a ser el irrecusable testimonio de la coquetería senil y pretenciosa de Lastarria.

Los ojos, de una vida intensa, en el abandono confiado de la intimidad tenían una mirada suave, velada, con ese brillo seco del vidrio empavonado, que refleja la luz sobre un fondo muy oscuro. La expresión de esa mirada era tan acariciadora y tan benévola, que parecía ofrecer de antemano la indulgencia.

Había ocasionalmente, sobre todo cuando una fuerte emoción lo dominaba, cierta falta de paralelismo en el eje visual de sus pupilas, cierta desviación de uno de sus ojos. La malevolencia se apoderó de ese defecto transitorio, lo hizo permanente, y colgó a don Victorino ese apodo irrespectuoso que envolvía una envenenada alusión a su carácter.

Para que no se crea desfigurada por el cariño la pintura que he bosquejado de Lastarria, me apresuro a agregar que esa fisonomía tranquila, ese ojo velado, esa mirada bondadosa no se lo ví despues en sociedad.

Para llegar a la pieza en que su hijo Daniel nos recibía, teníamos que pasar delante de la puerta del escritorio, que estaba siempre abierta. Al vernos pasar don Victorino suspendía a veces su lectura y nos llamaba.

Desde que entraba tenía la seguridad de oír la pregunta inevitable:—«¿Qué estás leyendo?» A veces aprobaba mis lecturas, a veces me hablaba de otros libros que valían más, los tomaba del estante y me los ofrecía amablemente.

Su bondadosa galantería solía ir todavía más allá; me obsequiaba el libro que tenía interés en que leyera. Entre esos libros que él me dió hay uno que guardo como recuerdo y que deja ver la amplitud de su sentimiento literario. Es un ejemplar de la *Imitación de Cristo*. El admiraba la versión española de ese libro como un modelo de sencillez energética y de incisiva precisión en el lenguaje. Algunos no podrán comprender ese espíritu volteriano, poniendo ese libro místico en las manos de un muchacho, pero creo que lo comprenderán muy bien todos los que sientan la grandeza del arte y tengan un gusto literario delicado.

Casi no necesito decir que en esa época y en ese contacto con la familia de Lastarria, principié a leer sus obras y a sentir la poderosa influencia que ejerció don Victorino sobre la generación a que yo pertenecía.

También entonces, desde las galerías, lo ví hablar algunas veces en la Cámara. Era la primera vez que oía a uno de nuestros grandes oradores, y él me reveló todo el emocionante poder de la palabra, poder de emoción que ningún otro de nuestros oradores ha igualado.

La impresión que guardo del don Victorino, de ese tiempo, es la de una respetuosa y vaga admiración; es ese sentimiento indefinible que despierta el contacto de algo fuerte y sólido, y sobre todo eso, flota el sentimiento que despierta la bondad amable y cariñosa, y pone una nota de ternura en el recuerdo.

Sé muy bien que la figura de este Lastarria bondadoso y amable, tan fácil y asequible, que trato de evocar en esta página será una figura extraña para los que no pasaron los umbrales de su hogar. Esos sólo han conocido otro Lastarria.

Don Victorino hacía sentir toda la verdad de esa afirmación paradójica de que en cada hombre hay muchos hombres; porque presentaba esa multiplicidad de sus aspectos, con caracteres tan acentuados y tan vivos, que no podían escapar a la más vulgar observación. Don Victorino en medio de su familia, en un círculo de cierta intimidad, en un salón, en sus relaciones sociales más lejanas, y en el trato ordinario de la vida, era un hombre muy diverso. Todo cambiaba en él, hasta su aspecto.

De ahí nacen las apreciaciones tan contradictorias, las pinturas tan diversas, que nos hacen de la persona y el carácter de Lastarria. Y casi todas ellas, sin embargo, son tan sinceras como falsas, porque casi todas ellas reflejan la impresión que les ha producido, tal vez bajo uno solo de sus múltiples aspectos.

Muchos años más tarde, cuando daba mis primeros pasos en la vida social, yo debía tener una experiencia personal de lo que acabo de decir.

Relaciones de parentesco y afinidades literarias me llevaron al salón de Ambrosio Montt. Ese salón era el centro intelectual más distinguido que he encontrado en el curso de mi vida, y creo que habría hecho honor a cualquiera de las más brillantes sociedades europeas.

Ahí se reunían hombres de un verdadero valer intelectual; ahí he encontrado a don Manuel Montt y don Antonio Varas, a don Gabriel García Moreno y a Sarmiento; a don Manuel Pardo y a Pascal Duprat, a don Manuel Antonio Matta y a Eugenio María Hostos, a los Arteaga Alemparte y a Guillermo Blest, a Guillermo Matta y a Samper, a Zorobabel Rodríguez y a Uriburu, y a tantos otros; ahí conocí a Balmaceda; ahí han pasado delante de mi vista muchos hombres que iban hacia el camino de la gloria, muchos que han dejado una huella profunda en la política y las letras.

Don Victorino y don Domingo Santa María eran el centro de aquella sociedad. Iban allí todos los días, y ahí, durante muchos años, cultivé mis relaciones con Lastarria, que una circunstancia iba a hacer más íntimas y estrechas todavía.

Casi todos los años pasábamos juntos largas temporadas en la quinta veraniega que tenía en Viña del Mar Ambrosio Montt.

Don Domingo Santa María, Justo Arteaga, Domingo Arteaga, el Dr. Valderrama, don Victorino y yo, éramos los huéspedes obligados de esa quinta.

En esa intimidad y ese abandono de la vida veraniega, pude apreciar mejor el temperamento y el carácter de Lastarria; pude penetrar hasta ese fondo del espíritu que sólo se deja vislumbrar en los pequeños y fugaces detalles de la vida; ahí pude sentir mejor el calor de la savia de benevolencia bondadosa que circulaba por debajo de sus asperezas exteriores, de lo que Ambrosio Montt llamaba con tanta propiedad «la cáscara amarga del compadre» (1).

(1) En la intimidad Ambrosio, don Victorino y Santa María, se llamaban, familiarmente, «compadre».

En esa intimidad no era difícil sorprender la clave de una personalidad que parecía tan complicada y enigmática.

El hilo de Ariadna que puede guiar al través de las sinuosidades caprichosas y hasta contradictorias del carácter de Lasterria, es su temperamento apasionado, profunda, excesivamente apasionado. Esa fué su fuerza y su grandeza, pero también fué el secreto de su debilidad y fué el escollo insalvable de su vida. Esa pasión tan ardiente, tan brillante, oscureció y entristeció esa grande alma; lo arrastró fatalmente al aislamiento, y le hizo imposible toda acción eficaz en la política.

La intransigencia es la imperiosa y lógica necesidad de la pasión, que no soporta que nada la contenga. O todo o nada, es la violenta alternativa de esos espíritus enardecidos por la lucha.

Esas concesiones, que la vida hace necesarias para la realización de cualquier propósito político, son inaceptables para un temperamento que ve en ellas dolorosas y crueles mutilaciones del ideal.

Esa inaptitud para armonizar los propósitos que persigue una doctrina con las condiciones sociales y hasta con los bajos intereses del medio en que se vive, esterilizaba su acción política y lo condenaba a agitarse en el vacío.

Ese hombre dominado por el apasionado amor a sus doctrinas, miraba con horror las más insignificantes concesiones; eso era lo que él llamaba «la vergonzosa componenda», «la maroma política».

Había allí, a su lado, en Viña del Mar, un espíritu esencialmente diverso,—don Domingo Santa María,—que era un admirable artista en ese arte delicado de armonizar las opiniones, agrupar las fuerzas, buscar las hábiles soluciones de un conflicto, combinar los partidos, hacer posible y llevar a cabo una reforma, hasta donde lo permitieran las resistencias que debía levantar en su camino.

Entre esos dos hombres era inevitable la discusión de esa divergencia esencial de su carácter, aun cuando los dos trataran de eludirla, como una discusión ociosa y sin objeto, que sólo a un choque desagradable los podía conducir.

Sin embargo, no sé a propósito de qué incidente de nuestra vida política estalló una de esas discusiones.

Don Victorino, con la violencia habitual de su palabra, fulminaba esa política de las concesiones cobardes, que él llamaba en su pintoresco lenguaje «la política de la madre rusa», de esa madre que sorprendida en las estepas por una manada de lobos, les fué arrojando sus hijos, uno tras otro, tratando inútilmente de saciarlos, hasta que cayó ella misma devorada por los lobos siempre hambrientos. «Esa es la política de los sacrificios inútiles, exclamaba. Nó, no debemos abandonar nunca la lógica y la integridad de las doctrinas. Las reformas a medias, incompletas, trucas, comprometen y desprestigian más de lo que sirven. Es preferible no hacer nada a hacer algo malo, y sobre todo, a ciencia cierta de que es malo!

«Yo sé lo que significa eso de que «es necesario adaptarse a las circunstancias», que «es necesario tomar en consideración las costumbres y los hábitos de un pueblo», que «no se pueden violentar las tradiciones», yo sé lo que significa aquello de que «todavía no estamos preparados para realizar una reforma», y todas esas frases vacías, con que se escuda la cobardía de unos, el egoísmo de otros, y la debilidad de todos!

«Ah! si esas ideas de Uds., si esa política de Uds., hubiera dominado en los días de nuestra gran revolución, habríamos tenido tal vez la independencia, pero no habríamos tenido nunca la república!»

Al oír esas palabras yo aguardaba un estallido de la soberbia indignación de don Domingo. Pero ese profundo conocedor del corazón humano le contestó con esa tranquilidad impasible y fría que desarma toda exaltación: «No, compadre ¿cómo quiere Ud. que todos vuelen si no tienen sus alas? ¿cómo se puede hacer algo si no se tienen los medios? ¿cómo quiere Ud. que se realice una reforma si no se cuenta con los votos necesarios en las Cámaras? Ud. tiene que reunir las opiniones, que seguirlas y no puede ir sino hasta donde llegan los que van a formar su mayoría. Si da un paso más allá, Ud. va al desastre, Ud. lo compromete, Ud. lo pierde todo.

«Yo creo que cualquier paso hacia adelante es un progreso,

que cualquier reforma es buena, siempre que sea sólida, que no despierte resistencias que puedan organizar y justificar una reacción. Sólo se puede hacer lo que es posible, sólo se debe hacer lo que es prudente».

Y poniéndose de pie, para acentuar más sus palabras o poner término a aquella discusión, agregó: «Tal vez, compadre, Ud. tenga razón. Es posible que con nuestro criterio hubiéramos tenido la independencia y no hubiéramos llegado a la república; pero esté cierto que con su criterio no habríamos tenido ni independencia ni república; esté cierto que si cuando se preparaba esa gran revolución, Ud. hubiera salido a gritar que íbamos a la república, y que ese era el resultado que perseguía y debía realizar el movimiento, todos los intereses sociales alarmados habrían ido a apoyar a los defensores del régimen colonial, que Ud. quería combatir, y habría abortado el movimiento.

«Es tal vez una fortuna, compadre, que no hayamos intervenido en esos sucesos ni Uds. ni nosotros».

Para desvanecer la atmósfera cargada de aquella discusión, intervino Ambrosio Montt, con su ironía volteriana. «Y después de todo, compadre,—dijo, dirigiéndose a don Domingo— el Presidente de Chile, con las enormes facultades que le da la Constitución, no es más que un Rey pobre y mal vestido».

Esa observación epigramática empujaba la charla hacia el terreno de la omnipotencia del poder presidencial, que entonces todos se empeñaban igualmente en limitar. En ese terreno las opiniones coincidían.

Un rato después me paseaba con don Domingo a la sombra de los árboles, y aludiendo él a la discusión que acababa de tener, y que visiblemente lo había herido, «¡las cosas de Lastarria! me dijo. Don Victorino tiene talento, mucho talento, puede tener hasta genio, pero no puede tener buen sentido»!

Y sin embargo tenía razón don Victorino y también tenía razón Santa María. Los dos tenían razón, y eran igualmente necesarios para nuestra evolución política.

Una sociedad que se organiza necesita esos hombres impulsivos, esos insaciables doctrinarios, que ninguna reforma sa-

tisface y que se muestran más vehementes a medida que más se acercan al ideal.

Esos hombres mantienen el calor vigoroso de la lucha, y sin ellos dormiríamos tranquilos en la suave y blanda almohada de la inercia, en que no hay sacrificios ni hay esfuerzos. Sin ellos seguiríamos el ancho y fácil camino por donde marchan los demás, sin preocuparnos de mirar a donde ese camino nos llevaba, ni siquiera de mirar si iba al abismo. Sin ellos nos dejaríamos arrastrar por esa tendencia a la uniformidad, que física y moralmente domina nuestra especie, tendencia que la paraliza, que la estanca y degenera.

Y necesita también la sociedad esos espíritus finos y sagaces, que suavizan las asperezas, armonizan las opiniones, desarman los conflictos, y en medio de la espesa trama de los intereses de partido, saben abrirse paso y señalar el camino que puede seguir una reforma sin peligro. Esos grandes domadores de impacencias, nos irritan porque nos refrenan, pero nos salvan.

Una sociedad que se organiza necesita esos dos hombres para su evolución política: necesita hombres que piensen como Lastarria y hombres que procedan como Santa María. Y cuando esos dos hombres se encuentran y se juntan, podemos predecir que una gran reforma no tardará mucho en producirse.

Pero ¡qué distinta es la fortuna que el porvenir depara a esos dos hombres, que han colaborado, sin embargo, en la misma obra!

Uno va por el camino del éxito. Su acción es fecunda y es visible. La acción del otro invisible y silenciosa desaparece en la vida y en la historia. Es la acción del pensamiento que modifica las ideas, dirige las tendencias, y forma el criterio y la conciencia política de una sociedad. La pasión como una brasa de fuego irradia calor y luz en torno suyo, pero convierte en un puñado de cenizas la mano que la toma y la levanta!

Pero en cambio, ese apasionado amor a sus ideas daba un rasgo muy hermoso al carácter de Lastarria:—su amor a la verdad moral, a la santa verdad, que para él no era en el fondo más que una emanación de la libertad del pensamiento y la

conciencia; no era más que el ejercicio del derecho de decir lo que pensamos, lo que sentimos, lo que creemos, sin que ni las consideraciones sociales ni consideración de ningún género puedan obligarnos a disimular nuestras ideas y falsificar nuestras creencias. «Yo quiero, me decía un día, tener la libertad de amar y la libertad de odiar; yo no acepto que me impongan otros ni mis amores, ni mis odios».

Veía en esas mentiras convencionales, que la sociedad a veces exige, una limitación de la personalidad y hasta de la dignidad del individuo, que provocaba su más viva y despreciadora indignación. Eso para él era ruin, era cobarde, eso era hacer de nuestra personalidad una mentira y de nuestra vida un carnaval.

Más de una vez le oí recordar aquellos incisivos versos de Quevedo:

¿No ha de haber ningún espíritu valiente?
¿Siempre se ha de pensar lo que se dice,
Nunca se ha de decir lo que se siente?

Esa sinceridad, no era para él más que el ejercicio de un derecho indiscutible, más que la libertad de dar expansión a nuestras ideas y a nuestros sentimientos, tales como son, sin arrojar sobre ellos el velo de las conveniencias sociales, sin que los cálculos del interés los desfiguren.

Mostrarnos tales como somos, como nos ha hecho la naturaleza, como la vida nos ha modificado, con todos nuestros sentimientos, con todas nuestras creencias, es el hermoso derecho de vivir nuestra propia vida.

He leído un drama de Ibsen, que alcanza a las profundidades grandiosas de un drama shakesperiano, en que uno de los personajes dice que cuando despertemos de entre los muertos, nos va a preguntar el que nos dió la vida ¿qué hemos hecho del espléndido don que nos ha dado? Unos dirán que han consagrado su vida a amontonar dinero; otros a perseguir las exterioridades vacías del poder, otros han consumido su vida leyendo lo que habían pensado los demás, otros tratando de representar en la escena o en la vida un personaje imaginario, sacrificándolo

todo a la apariencia de una fortuna, de una situación o una virtud que no tenían. ¿Quién puede imaginarse que para eso era la vida? Y ¿cuantos podrán decir sencillamente: yo sólo me he ocupado de vivir; yo he dado a mi facultad de vivir su más libre y espontáneo desarrollo; he pensado, he sentido como mi naturaleza, como mi cerebro y mi corazón me hacían sentir y me hacían pensar; he recogido todo lo bueno y noble que la vida generosamente me ofrecía?

Pero si ese amor a sus doctrinas daba al carácter de Lastarria una sinceridad tan bella y tan altiva, la pasión hacía que brotaran del fondo de ese amor el odio y la injusticia.

En un temperamento apasionado el odio es la sombra venenosa que se arrastra siguiendo los pasos del amor. Se odia las doctrinas opuestas, y ese odio, de las ideas, baja a las personas. De ahí la injusticia para juzgar al adversario, injusticia que acentúa la claridad misma con que la verdad de una doctrina brilla a nuestros ojos.

Sólo la mala fe del adversario, sólo su falta de honradez moral, pueden explicarnos esa obcecada resistencia a una verdad evidente. Para Lastarria, la ignorancia era el asilo más honorable y decoroso en que se podían refugiar sus adversarios.

Y así la pasión arrastraba fatalmente a la injusticia a ese severo adorador de la verdad.

Nosotros mismos cuando estábamos con él en disidencia tuvimos que sufrir los zarpazos coléricos del león.

Pero cuando se conocía la fuente noble y elevada, de que manaban sus asperezas y sus apreciaciones más amargas, esas injusticias no producían la impresión de la injusticia fría y maligna, que destila el veneno de la envidia o del rencor.

La injusticia de Lastarria en su manera de apreciar al adversario era el deplorable extravío a que lo arrastraba el ardor de una pasión; pero esa pasión era tan noble y tan hermosa, que desarmaba las severidades del criterio y hacía que la indulgencia extendiera sobre ella sus alas generosas.

Pero si don Victorino juzgando a sus adversarios era injusto y acentuaba esa injusticia con la acritud de una palabra hiriente, amarga y desdeñosa ¿qué decir de la injusticia provocadora

con que sus adversarios lo agredían? ¿qué decir de aquella persecución cruel, implacable, con que lo hostilizaban en su vida, apartaban los clientes de su estudio, y al fin consiguieron que Lastarria no pudiera vivir como abogado en esta tierra, en que las mediocridades se enriquecían en el foro; consiguieron hacerlo emigrar «para defender mi hogar de la miseria»; hacerlo abandonar la política y las letras para ir a buscar un refugio en el desierto? ¿qué decir...?

Al remover ese pasado me cuesta contener la pluma para no dar a esta página las formas aceradas y vengadoras del panfleto, pero, siquiera diré, que un grande hombre es, para la sociedad y la época en que nace, un don peligroso del destino, En todo caso sirve al desarrollo y engrandecimiento intelectual, pero si su recuerdo es una gloria para los que lo han enaltecido, cae como una mancha de vergüenza sobre los partidos y los hombres que lo han vilipendiado y perseguido!

Dejemos pasar en silencio esta ola de amargas reflexiones...

Y a la hostilidad de sus adversarios políticos se agregaba el odio torvo de la envidia, en la tarea de escudriñar en su carácter, en su persona y en su vida todo lo que lo pudiera deprimir, con esa triste habilidad de nuestra raza, que hacía decir a Justo Arteaga que «si las manchas del sol no hubieran sido conocidas, un chileno las habría seguramente descubierto».

Y así poco a poco se ha ido formando esa leyenda del odio y de la envidia, que desfigura la fisonomía moral y hasta la persona de Lastarria; y que se ha difundido y arraigado en la opinión hasta el punto de hacer aparecer como una paradoja extravagante el desconocimiento de cualquiera de los rasgos, que esa leyenda de la malevolencia le atribuye.

¿Quién no ha oído hablar de la vanidad monstruosa de Lastarria? ¿Quién no ha oído recordar, como una prueba irrecusable de esa vanidad, la frase suya que más se ha repetido?

Es una frase que lanzó don Victorino en medio de un debate, rechazando una irónica alusión de Jotabeche. «Como su se-

ñoría tiene talento...» le decía con sorna Jotabeche.—«Si, señor, tengo talento y lo luzco» le interrumpió don Victorino. Eso es todo; y si eso puede ser una manifestación de suficiencia, no es una manifestación de vanidad.

La vanidad tiene algo de falso y de vacío, es una exterioridad que engaña, es, como dice el Diccionario «una ilusión de la fantasía», es un alarde de un valer que no se posee. Don Victorino no era nada de todo eso. Era un hombre de un mérito sólido, evidente, que había prestado grandes servicios a nuestro desarrollo intelectual. Es una pobre psicología la que va a descubrir ahí la vanidad.

Una frase incidental en una de sus conversaciones me iluminó todo ese aspecto de su fisonomía moral. «Si uno no se da importancia, me dijo, nadie se la viene a dar». En la vida de cualquiera la verdad de esa observación es evidente, pero resalta con un relieve extraordinario en las condiciones en que se desarrolló la vida de Lastarria.

Las circunstancias habían abatido el orgullo de su familia hasta el nivel de la estrechez; principiaba su vida, pobre y sin apoyos; eran sus propios méritos los que debían abrirle su camino, era su propio valer la única base en que podía levantar sus esperanzas. En esas condiciones defender sus méritos era defender su porvenir, su situación, y hasta su pan. Y debemos confesar que habría sido todavía más difícil y dura su carrera si hubiera confiado solamente en que un sentimiento de justicia hiciera brillar méritos que él dejaba oscurecerse. El que viene luchando pobre y sin apoyo con todas las dificultades de la vida, el que no tiene más base que sus méritos no puede permitirse ser modesto. La modestia es el lujo de una vida fácil.

Habría sido absurdo, casi inhumano, exigir al que se encontraba en las condiciones penosas de Lastarria, que sufriera resignado el desconocimiento o el menosprecio de sus méritos y aguardase tranquilamente, abatido y humillado, las tardías reparaciones de un incierto y lejano porvenir.

No permitir que se dejaran caer en el olvido sus servicios, levantarse airado cuando se trataba de desconocer los sacrificios

que había soportado por servir su país y sus doctrinas, eso era en el fondo lo que se ha llamado la vanidad irritante de Lastarria y a eso debemos sus hermosos *Recuerdos Literarios*, que él tal vez no habría nunca escrito si no hubiese visto que ya se principiaba a hacer la historia de su tiempo y a dejar en la sombra su figura.

«Sea dicho con franqueza—escribía Lastarria en ese libro— el autor de estos *Recuerdos* no puede ni debe aceptar esa indiferencia, porque aun cuando no tiene derecho a la gratitud de nadie, lo tiene para rechazar una mortaja que no quiere llevar estando vivo—la del olvido. ¿Se tendrá a mal que no se olvide uno a sí mismo? Eso no ofende. Lo que molesta es que alguien tenga la candidez de estar siempre presente; pero no existe esa candidez cuando uno reclama el puesto que le corresponde, contra los que se empeñan en desalojarlo.»

Nó, don Victorino no tenía vanidad, lo que tenía era orgullo, un orgullo soberbio y desdeñoso, que hacía sentir el poco valer que daba a la opinión de los que no estimaba a su nivel, que hacía sentir que esa opinión se deslizaba sobre la superficie de su piel y que no fijaba en ella su atención. Eso era mortificante y a veces era hiriente, y tal vez por eso sus adversarios parecen no haberlo percibido; por lo menos, nunca se la enrostran.

La indiferencia percibe el ridículo de la vanidad; pero el amor propio herido es el que percibe los desdenes del orgullo, y no queremos dejar sospechar esas heridas.

En el afán de esa persecución encarnizada se ha llegado hasta hacer aparecer a Lastarria envuelto en una leyenda galante y se ha tratado de manchar su vida con ese género de imputaciones con que trataron otros de enlodar la vejez de Chateaubriand. En todas partes ha inventado el odio las mismas leyendas, y en todas partes ha creído encontrar en esa nota libertina un veneno mortal para el prestigio del hombre superior.

La malevolencia no le reprochaba a Chateaubriand su amor por Madame de Beaumont, ese amor a que tal vez debió la vida

y a que debió seguramente su más hermosa y genial inspiración, por que sabía muy bien que ante los grandes afectos las almas sanas y sinceras se inclinan siempre con benevolencia y simpatía.

Más que eso, un amor grande y noble, que nada hace variar, y que sigue inmutable, impasible, su curso sereno al través de los años, las vicisitudes y los sacrificios de la vida; que permanece siempre inalterable, como las cosas puras, es uno de los espectáculos más hermosos que es dado contemplar al alma humana, es un espectáculo que despierta la honda emoción de una obra de arte.

«Es una obra de arte—decía Vogué—tan irrealizable para el común de los hombres, como las obras maestras de la pintura o de la poesía, de la política o de la guerra. ¿A cuántos de nosotros les es dado pintar el *plafond* de la Sixtina, escribir *Fedra* o el *Misántropo*, ganar la batalla de Austerlitz, concebir y ejecutar los designios de un Richelieu o de un Bismarck? Como los escogidos del genio, los del amor son excepciones. Las obras maestras del amor son raras y hay grandes probabilidades de que queden desconocidas. El mundo distraído pasa sobre ellas como el viajero sobre una mina de diamantes, sin verla y sin distinguirla de las piedras vulgares.»

Lo que la leyenda imputaba a Chateaubriand no era ese amor hermoso y noble, era una licenciosa persecución de aventuras ligeras. La anécdota inventaba detalles que recogía la leyenda, para dejarlos caer como una capa de libertino sobre el místico cantor del *Cristianismo* y de los *Mártires*.

El vientecillo de la difamación murmuraba al oído anécdotas análogas respecto de Lastarria, que han ido creciendo, abultando, hasta formar una leyenda galante, impropia de su carácter y de sus sentimientos delicados.

Y, sin embargo, debo agregar, que había en el modo de ser de Lastarria algo que sirvió de base a esa leyenda, y que era el tema de las bromas amables y ligeras, que algunas veces le hacían sus amigos.

Don Victorino era un apasionado y entusiasta admirador de la belleza. A un ilustre prelado que lo amenazaba con las pe-

nas de ultratumba, en tono de broma, le decía: «Podré resignarme a no ver la cara de Dios, pero a lo que no podré resignarme será a no ver la Venus de Milo. ¡Amenáceme con eso!» Había en el fondo de esa broma algo que era profundamente verdadero.

Esa admiración por la belleza, en un hombre tan sincero y expansivo, lo hacía hablar con entusiasmo de todas las mujeres hermosas que encontraba. En la manifestación de esa admiración por la belleza había un sentimiento muy fino y delicado, que lo hacía mirar ese homenaje como un tributo de agradecimiento. Leyendo a Emerson comprendí esa delicadísima nota de Lastarria. «No le cuesta—decía el austero pensador americano—ningún esfuerzo a una mujer hermosa, para reflejar su imagen en nuestros ojos, y con que esplendor brilla, sin embargo, el *beneficio* que nos hace»!

Ese entusiasmo coloreado con la frase ardiente de Lastarria, se prestaba para que sus amigos dieran un alcance sentimental a sus palabras. De ahí las bromas inocentes y traviesas que iba recogiendo y abultando la voraz maledicencia.

Así un día don Victorino, embromando alegremente a Ambrosio Montt lo llamó «Huésped eterno del Abril florido», y Ambrosio, con ingeniosa oportunidad, siguiendo la estrofa, llamó a don Victorino «Vital aliento de la madre Venus». Esas dos apreciaciones de una broma juguetona y traviesa, circularon después como dos fotografías de una cruel malignidad. *C'est le ton qui fait la chanson*, y cambiando el tono, todo cambia.

En estos mismos días he visto rodando por la prensa otra anécdota que me concierne, y que ha sido desgraciadamente recordada para dar más colorido a esta leyenda galante de Lastarria. Eso me obliga a recogerla.

Pasábamos juntos el verano en Viña del Mar. Una noche de fiesta en el hotel, todos salieron. Yo preferí quedarme para continuar una lectura. Cuando volvió don Victorino de la fiesta, a una hora avanzada de la noche, me encontró todavía con mi libro. «Leyendo, Augusto!» me dijo sorprendido. Y luego me agregó con una intención profunda: «Toda la vida se puede

leer y no toda la vida se puede ser joven». Y esa observación de una psicología tan intensa, que me hacía recordar que la alegría del vivir sólo se siente en toda su plenitud y en toda su frescura en la fugaz primavera de la vida, se convierte en la versión que se ha dado de esta anécdota, con el cambio de una palabra solamente, en la vulgar y falsa observación de que no se puede amar toda la vida, y tiene un alcance que estaba muy lejos de ser el verdadero.

Casi no necesito decir que yo no tengo la ridícula pretensión de presentar a Lastarria como un santo con vara de azucena, ni siquiera de cubrirlo con el sayal ascético de un monje; la vida me ha enseñado que el Dante tenía razón para decir que todo corazón guarda un secreto—*ogni cor serra un misterio*—y nunca he pretendido entrar en una intimidad que él guardó siempre impenetrable y cerrada, sólo he querido mostrar el origen y la falsedad de una leyenda.

Por lo demás, en este capítulo de las apreciaciones morales dominaba el criterio de don Víctorino un elevado y desdeñoso escepticismo.

Estaba convencido de que hay en el organismo moral como en el organismo físico de cada individuo una proporcionalidad, una congruencia, una armonía, tan íntima entre todos los elementos que lo forman, que según la fórmula de Cuvier bastaba cualquier hueso de un animal para poderlo reconstruir todo entero, determinar sus hábitos y hasta su género de vida. Todo se enlaza de una manera tan precisa y rigurosa, todo está ligado de una manera tan armónica que cuando una naturaleza sana y vigorosa nos presenta en su modo de ser, en su conducta, algo que nos choca y contradice las fórmulas hereditarias que encauzan nuestra vida, la reflexión impone, por lo menos, una discreta reserva a nuestro juicio. ¿Quién sabe si las fórmulas sociales, que nosotros miramos con un respeto supersticioso, no tienen en realidad el valor que les hemos atribuido? ¿Quién sabe si las barreras sólo se han hecho para los que no tienen alas? ¿Quién sabe en cualquier orden de ideas, cuál será la verdad de mañana, cuáles los principios que en la nueva época,—a que el progreso inevitablemente nos arrastra,—servirán de base

a la organización social, a la constitución de la propiedad y de la familia?

Ahora no podemos ni siquiera comprender la vida de las civilizaciones anteriores y miramos como aberraciones monstruosas los preceptos de sus religiones y las bases de sus sociedades. Y, sin embargo, todo eso en un tiempo fué sagrado y fué esencial, y entonces, no se comprendía la existencia de un orden social constituido fuera de esos preceptos y esas bases, y se acusaba a Sócrates de trastornar el orden y pervertir la juventud, porque enseñaba que no había más que un Dios grande, un Dios único, y que el alma del hombre era inmortal.

¿Quién saben si tienen razón los que piensan que las instituciones de nuestra época serán recordadas más tarde como una prueba de su barbarie? ¿Qué pensamos ahora de esas persecuciones brutales, de esas dragonadas de los tiempos de Luis XIV? Y sin embargo las aplaudieron los espíritus superiores de aquel tiempo. Madame de Sevigné llevaba su entusiasmo hasta escribir: «Es lo más grande y lo más bello que jamás se haya imaginado y ejecutado». Las aplaudieron Bossuet, La Bruyere, Lafontaine, Racine, las aplaudieron todos. Sólo dos hombres—Vauban y Saint-Simon—vieron lo que había en ellas de inhumano, de estéril y abusivo.

Y, ¿cómo podía ese espíritu dominado por un profundo sentimiento de justicia, que había levantado a la altura de un dogma la igualdad de todos ante la autoridad universal y soberana de la misma ley; cómo podía mirar siquiera con respeto las fórmulas vacías con que habitualmente se juzga la conducta moral de los demás; ese criterio que condena en unos como un vicio lo mismo que enaltece y honra en otros; que ve en unos la paja y no ve en otros la viga; ese criterio cobarde que desgarrar al débil sin piedad y sonríe complaciente al poderoso; que se transforma al apreciar los mismos hechos según la posición social y la fortuna; ese criterio que se deslumbra con el esplendor de la riqueza, y no ve nada; y que con ojos de fiera lo ve todo en la oscuridad del infortunio?

Don Victorino no era un gran creyente, no aceptaba la moral revelada; pero creía en Dios y para él era divina la enseñanza

del Cristo, como era divina la enseñanza de Platón. Sócrates le había hecho sentir en los diálogos de Platón toda la grandeza del alma humana y Jesús le había dejado ver en su enseñanza toda la sublimidad a que el alma se puede remontar. Sócrates había enseñado a los hombres que el alma era inmortal, y Jesús que la ley suprema de la vida es el Amor, y que esa ley se llama Caridad.

¿Qué impresión recibiría el alma de los judíos cuando vieron que Jesús abría sus brazos a la Magdalena prosternada y le ofrecía el perdón supremo de la altura?

¿Qué entenderían esos judíos, apegados a las fórmulas estrechas de su ley, cuando oyeron de sus labios aquellas palabras extrañas, profundas: «Mucho te será perdonado porque has amado mucho»?

Esa razón de Jesús, esa razón del perdón supremo, *porque has amado mucho*, esa razón que absolvía lo que execraba el Código moral, debió resonar como una blasfemia en el lóbrego criterio de los fariseos del templo.

Y esa razón es el reconocimiento de una ley más alta, de una verdad moral suprema y soberana, que no ha sido todavía revelada y permanece oculta detrás del velo misterioso del santuario.

Por eso, obedeciendo a un instinto superior de nuestra especie, todas las religiones han entregado siempre a los dioses el juicio de los hombres, y en nuestro cristianismo el Supremo Hacedor se ha reservado el derecho de juzgar las vidas y las almas. Sólo el que lo sabe todo puede juzgarlo todo; sólo la mirada que puede abrazar el universo entero puede penetrar en la pequeña intimidad de un alma.

Entre tanto, para don Victorino, sólo tenemos una ley individual, una ley que brota del fondo de nosotros mismos, una luz que la naturaleza ha encendido en el fondo de nuestra alma, y que nos ilumina el camino de la vida—la conciencia! Luz individual, que varía y cambia en cada uno de nosotros, y que hace mirar a unos como grosero, inmoral y corrompido, lo mismo que otros estiman puro y delicado.

Voy a recordar un incidente que pone de relieve esa profun-

da divergencia de criterios en nuestra apreciación moral del mismo hecho.

Un día encontré a Daniel Lastarria con un volumen de la traducción francesa de Goethe en la mano.

—«¿Quiéres explicarme lo que significa esto? me dijo, y me leyó: «No traducimos las páginas que terminan la primera parte de las *Cartas escritas desde Suiza*. La relación y el cuadro que hace Goethe, son más a propósito para inflamar los sentidos que para formar el gusto» (1).

—Imposible! le dije, al oír esa lectura. Goethe escribiendo inmoralidades que no se pueden traducir! Eso es imposible. Este buen señor ha perdido la cabeza. Voy a buscarte en el texto alemán el trozo suprimido y ya veremos qué es lo que alarma el pudor del traductor; ya veremos lo que este Tartufo ha querido cubrir con el pañuelo. Ah! Tartufo,

Prennez-moi ce mouchoir
Crouvrez ce sein que je ne saurais voir,
Et celà fait venir des coupables pensées.

(Tome mi pañuelo, y cubra ese seno que yo no debo ver y que me despierta pensamientos culpables).

En efecto, la relación pecaminosa se reducía a que alguien hizo comprender a Goethe que podría apreciar la belleza, pero no la verdad de las formas; la gracia, pero no la exactitud del movimiento; la intención, pero no la realidad de las actitudes, porque no había visto una mujer desnuda. Efectivamente, Goethe nunca la había visto. Comprendió, entonces, todo el valor y el alcance de aquella justa observación y llegando a Suiza quiso salvar ese vacío en su educación de artista. Inventó la historia de que era pintor y necesitaba ver desnuda una mujer

(1) Debo a la amabilidad del señor Emilio Vaisse la confrontación de este recuerdo. Él me ha procurado la misma edición que leía Daniel. El párrafo inverosímil que he copiado es una nota de la edición de Hachette, publicada en París en 1862 y que se encuentra en la pág. 12 del IX volumen.

joven y hermosa para pintar en un paisaje una figura, y darle a su cuadro un tono heroico.

Una vieja complaciente se encargó de procurarle ese modelo. Hasta aquí la *relación* rápidamente resumida; veamos ahora el *cuadro*.

«Me llevó, escribe Goethe, a un pequeño cuarto, amueblado con coquetería; un hermoso tapiz cubría el piso; en una especie de nicho había una cama muy limpia; al lado de la cabecera un tocador con espejo y a los pies un velador con un candelabro en que ardían tres hermosas velas blancas; también en el tocador había dos luces. Un fuego vivo, que ardía en la chimenea, calentaba la pieza. La vieja me señaló un asiento colocado para mí, frente a la cama, al lado de la chimenea. No tuve que esperar mucho tiempo para ver entrar, por una puerta al frente mío, una mujer joven, hermosa, esbelta, de formas soberbias. Su traje era el usual. Pareció no haber notado mi presencia. Se despojó de su manto negro y se colocó delante del tocador. Se quitó un velo espeso que cubría su cabeza, y dejó ver una hermosa figura; una cabellera negra, con muchos y grandes rizos, rodó por su espalda. Principió a desvestirse. Qué maravillosa sensación, a medida que iban cayendo, una tras otra, las piezas de su traje, y la naturaleza, despojada de esas envolturas extrañas, se me presentaba al descubierto; me parecía una impresión extraña y casi puedo decir que me producía una impresión de terror. ¡Ah! mi amigo ¿no pasa lo mismo con nuestra manera de pensar, nuestras preocupaciones, nuestras tendencias, leyes e imaginarias convenciones? ¿No sentimos terror cuando nos despojan de una de estas envolturas extrañas, monstruosas, inverosímiles y nos muestran desnuda una parte de nuestra verdadera naturaleza? Temblamos, nos avergonzamos, pero sentimos aversión por lo que es adornado, defomado por la envoltura exterior que lo comprime.»

¡Qué profunda es la reflexión de Goethe! ¡qué profunda y qué hermosa. Cuando se nos muestra desnuda la verdad, nos inspira miedo. Uno de los más grandes dramas simbólicos es la escena del Pretorio que nos cuenta el evangelio de San Juan: «Pilatos le dijo, ¿qué es la verdad? y después de decir

eso, salió». Así es la humanidad, y si el Cristo nos viniera a decir lo que es la verdad moral, le volveríamos las espaldas y nos alejaríamos como Pilatos para no escucharla.

Ese era el cuadro y era esa la observación que alarmaba el pudor sensual del traductor. Pues bien, en ese trozo en que el criterio moral del traductor descubre la grosera piedra del escándalo ¿qué espíritu sano y delicado no siente la castidad suprema de las antiguos mármoles de Grecia?

Pero volviendo a la leyenda galante de Lastarria de que estas reflexiones nos alejan, no debiera ser yo quien defendiera de esos groseros reproches su memoria. Debiera ser la pluma irritada de una mujer, porque esa imputación, hecha a un hombre del carácter de Lastarria, en el fondo significa que la mujer sólo puede despertar un entusiasmo interesado; debiera ser la pluma agradecida de una mujer la que defendiera al que defendió tanto y sintió tan hondamente un caballeresco respeto por su sexo.

Don Victorino no permitió nunca que se murmurara de una mujer en su presencia.

Recuerdo a este respecto que un día Ambrosio Montt, en su lenguaje espiritual y travieso, contaba con refinada picardía una aventura, de que iba a salir ajado el decoro de una mujer. Don Victorino interrumpió la historia con una salida desconcertante y destemplada, y llevó la conversación a otro terreno. Ambrosio, con su perfecto dominio de sí mismo y su grande hábito del mundo, disimuló la inconveniencia de aquella brusca interrupción y sonriendo siguió a don Victorino en su conversación.

Pero después estando los dos solos no se pudo reprimir y me dejó ver la honda herida que le había dejado aquella salida intempestiva—¿«qué le parece el tupé de Lastarria? ¿Ha visto una petulancia más inconveniente»? Yo traté de hacerle ver que no era posible dar a las palabras de Lastarria el sentido hiriente que él les daba; que esas palabras eran a lo sumo la desgraciada traducción de un buen propósito; que don Victorino seguramente había temido que aquella aventura tan espiritualmente contada fuese repetida con malignos comentarios; que creía

que la displicencia que manifestaban sus palabras era una displicencia calculada, que no era natural en su carácter. Por lo demás,—le agregué jugando con las palabras—«Ud. sabe que el *tupé* de don Victorino es artificial».

Ambrosio recogió con una risa estrepitosa mis palabras, y en la tarde, cuando estábamos todos juntos, dirigiéndose a don Victorino le dijo:—¿Sabe Ud. lo que me ha dicho Augusto...? «Que su *tupé* era artificial». Don Victorino comprendió que aquello era una alusión a su exabrupto y le contestó alegremente: «Augusto tiene razón. Mi *tupé* es artificial, es un postizo, que me sirve para evitar un romadizo—y con marcada intención le agregé—para evitar algo malo, compadre».

Hasta la inconveniencia llevaba, pues, don Victorino, su celosa defensa en estos casos. Y si alguien se aventuraba a repetir alguna de esas equívocas historias que empañan el decoro de una mujer, podía estar seguro de una desconcertante y acerada interrupción.

Por lo demás, no llegaba hasta el salón de Ambrosio Montt esa despiadada maledicencia de los Clubs. Bastaban para alimentar esa tertulia los incidentes de la vida política, los debates de las Cámaras, los comentarios de la prensa y de los libros, esos mil detalles que brotan caprichosos de la misma charla, que se suceden, se encadenan, despiertan el ingenio y los recuerdos, y se van entrelazando, entretejiendo, como los hilos de una hermosa tela.

Don Victorino, don Domingo Santa María y Ambrosio Montt han sido los conversadores por excelencia de aquella época, y entre los tres no vacilo en afirmar que era don Victorino el más animado y el que más interesaba.

No tenía don Victorino el ingenio espiritual, ni la frase chispeante, ni la ironía delicada, ni esa elegante y suprema distinción de Ambrosio Montt, de ese ateniense que un capricho de la fortuna había hecho nacer entre nosotros. Todas esas frases brillantes, esas traviesas y juguetonas dislocaciones del lenguaje, esos juegos de palabras caprichosas que destilaban malicia y picardía, todo eso que puede parecer en sus escritos cuidadosamente elaborado, en él era espontáneo y natural, brotaba

en su charla deslumbradora, inagotable—demasiado inagotable para la crítica malévola.

No tenía tampoco la observación fina y sagaz, ni ese arte de hacer vibrar no sé qué cuerda de emociones profundas, que daba un colorido dramático a las más sencillas narraciones de don Domingo. En sus anécdotas acumulaba los detalles, los analizaba con una maravillosa sutileza, hacía valer la intención de una mirada, la entonación de una palabra, la actitud de una persona, le daba a las más imperceptibles circunstancias un significado y un alcance. Así la anécdota más vulgar, en manos de ese profundo conocedor del corazón humano, era siempre un cuadro psicológico, que dejaba en transparencia la interioridad secreta de una escena, esa comedia íntima que no se ve. El arte de don Domingo era un arte florentino, delicado, lleno de intención, en que las reticencias mismas expresaban a veces más que las palabras; y era, sobre todo, un arte en que dominaba la emoción.

Pero, en cambio, don Victorino extendía sobre todas sus anécdotas una nota jovial, maliciosa, juguetona y traviesa; le daba a todos los detalles una animación extraordinaria, una vida asombrosa, y había en su manera de expresarse una gracia espontánea, un picante donaire. Y luego a ese cuadro animado, lleno de vida, luminoso y festivo, le servía de marco una voz plateada, sonora, de un timbre metálico tan puro, tan flexible y tan rica de tonos, la voz más hermosa que hemos oído en los salones y que ha resonado en nuestras Cámaras. El encanto de esa voz se hacía sentir sobre todo en las notas tan claras, tan puras, de su risa.

Ambrosio deslumbraba en su charla; era un artista de la palabra, que él cincelaba con *amore*, don Domingo interesaba en sus narraciones como un drama; pero don Victorino tenía el encanto alegre de la vida, ese algo alado y palpitante, esa frescura de lo que brota solo, de las hojas verdes de una hermosa primavera.

Don Victorino como narrador era admirable, por la vida, por la animación, que le daba a todo. En sus narraciones tomaba parte toda su persona, su fisonomía, su voz, su gesto, sus mo-

vimientos, su actitud, sus risas y hasta el crujido de sus botas; todo vivía en esa narración viva.

Don Victorino se mostraba en esa sociedad bajo la más interesante y atrayente de sus faces.

No era el mismo hombre que hemos tratado de dar a conocer en la intimidad de su escritorio y su familia. Todo parecía haber cambiado en esa naturaleza tan rica y tan variada.

En sociedad don Victorino no tenía ese aire tranquilo y fatigado, ese aire bondadoso y sereno; no tenía esa fisonomía impasible, esa mirada velada, que envolvía suavemente; por el contrario, parecía galvanizado por el contacto social, su fisonomía se animaba, se hacía singularmente expresiva, todas sus emociones se reflejaban con viveza en su semblante; sus ojos brillaban, su mirada fuerte se clavaba con una fijeza penetrante, y en toda su fisonomía, en toda su persona, había una extraordinaria animación.

El tono de su voz era suave, insinuante, y sólo salía de ese tono cuando algo lo hería con viveza o contrariaba la exquisita susceptibilidad de sus doctrinas, entonces, tomaba a veces el tono perentorio del maestro, y casi siempre la entonación del orador.

Sus maneras eran de una amable cortesía, de una atención respetuosa, irreprochable. Su actitud tenía cierto abandono elegante, parecía buscar siempre la posición más cómoda en el asiento que ocupaba.

Don Victorino dejaba ver en el cuidado de su traje y su persona, el respeto que tenía de sí mismo. En sociedad se presentaba siempre vestido con sencillez y con esmero, usaba habitualmente *chaquet* oscuro y pantalones de un tono más claro que el *chaquet*. No le conocí más joyas que el reloj y el puño de oro del bastón.

Ese hombre amable, sencillo, afectuoso, de un espíritu tan vivo, irradiaba animación y despertaba el buen humor con su entrada en un salón. Era un rayo de luz alegre y sana.

Pero si se abría la puerta para dar entrada a una persona que no fuera de la intimidad o del afecto de Lastarria, era como si

una corriente de aire helado hubiera penetrado bruscamente en el salón.

Desaparecía de golpe la animación expresiva de su fisonomía, que quedaba casi inmóvil, impasible, glacial. La risa caía helada de sus labios. Sus palabras eran secas, escasas. Escuchaba con ese silencio de la indiferencia, que no distrae una preocupación interior, sino un detalle frívolo, la ceniza del cigarro, una mancha de la alfombra, las flores del empapelado, cualquier cosa. Su mirada esquiva, recelosa, se fijaba a veces bruscamente en su interlocutor, como si le hubiera sorprendido una palabra, y quisiera escudriñar lo que encerraba y sorprender algo secreto. Oía en silencio lo que contaba el recién llegado, y si alguien hacía una observación a su relato, don Victorino solía interrumpir para decir: «Lo que el señor ha contado no es completamente exacto. La cosa pasó de esta manera», u otra frase análoga, que dejaba ver que si antes no había rectificado era porque no daba ninguna importancia a lo que oía. Luego, ponía una distancia, una distancia hiriente y seca. Don Domingo también ponía esa distancia, y algunas veces me entretuve comparándolas. Don Domingo la ponía con las familiaridades de un gran señor, con esas familiaridades benévolas que nadie se podía permitir con él y que él se permitía con todo el mundo. Eso en el fondo era más depresivo, pero como halagaba el amor propio... Creo que sinceramente los que sólo han conocido a don Victorino en estas condiciones, tendrán que decir que era un desagradable personaje, que colocaba a todo el mundo en la situación molesta de un importuno o de un intruso.

Muy diversas eran las cualidades que don Victorino hacía brillar en la tribuna; era otro el arte de su oratoria en el Congreso.

En los discursos impresos que nos quedan de él, apenas si se puede sentir una débil huella del efecto que produjeron cuando él los pronunció. Son casi las mismas las palabras, pero ha desaparecido el alma que les daba vida, la emoción que les

daba un sentimiento, las circunstancias que les daban un significado y un valer ocasional que se ha perdido; ahora frías, inmóviles, se nos presentan como cadáveres en que el escalpelo del análisis puede estudiar la estructura, pero no la emoción. ¿Qué podrá dar una idea del perfume desvanecido en la flor seca?

Creía Cicerón que tres condiciones primordiales constituyen el éxito de un orador, y que eran secundarias todas las demás. Esas tres condiciones eran: 1.^a la acción; 2.^a la acción; y 3.^a la acción. Y esas tres condiciones primordiales, junto con el orador, desaparecen.

En don Victorino esa acción principiaba por establecer una completa armonía entre el orden de ideas que iba a desarrollar en su discurso, el medio en que lo iba a pronunciar, el movimiento de la frase, el tono de su voz, su gesto, su actitud. De esa armonía resultaba una poderosa fuerza de emoción.

El arte con que don Victorino encontraba y producía esa armonía me resaltó en circunstancias que recuerdo todavía.

Se discutían en la Cámara las tristes liquidaciones de la guerra con España. Proponía el gobierno la venta de dos buques comprados en horas angustiosas a los armadores de la América del Norte; buques que sin aumentar la fuerza positiva de la Armada imponían gastos onerosos al Estado.

La oposición combatía ese proyecto, oponiendo a los cálculos fríos del gobierno consideraciones de decoro nacional. Esos barcos viejos habían defendido nuestro honor, y la bandera que se les iba a arrancar era la bandera de combate que habían llevado con orgullo y con fortuna.

Caía ya la tarde cuando don Victorino entró al debate.

Una luz escasa penetraba por las estrechas ventanas de la enorme sala. En la penumbra las figuras principiaban a dibujarse como sombras oscuras. En el fondo de la sala, sobre la mesa presidencial, dos candelabros apenas alumbraban a los secretarios que tomaban sus notas.

Ese era el escenario, solemne y triste, en que se iba a desarrollar la discusión.

Y a ese escenario adaptó don Victorino el tono general de su

discurso, que se desenvolvió en frases lentas, penosas, moduladas con visibles intervalos, como si un doloroso deber lo obligara a pesar suyo a pronunciarlas, como si el orador sintiera gravitar sobre sus ideas el peso de una situación abrumadora, sintiera el desaliento y la amargura del que ve que todo se hunde en torno suyo.

La voz de Lastarria resonando, lenta, sonora y vibrante en medio de esa sala tenía esa monotonía conmovedora de las campanadas fúnebres.

Fué enorme la impresión que produjo ese discurso, y al través de cerca de medio siglo siento todavía la honda emoción que me estremecía al escucharlo. Y ese efecto era debido todo entero a la admirable armonización del escenario, de la luz, del tono de la voz y de la materia del debate.

A esa armonía agregaba don Victorino una metódica composición de su discurso, en que desarrollaba sus argumentos gradualmente para ir a terminar en los más fuertes, con los que debían arrastrar la convicción a que había ido abriendo camino en su discurso.

Y con esa fuerza gradual de la argumentación iba también aumentando gradualmente la intensidad y la fuerza de su voz y acentuándose la energía de su acción.

El final de los discursos de Lastarria es casi siempre un rápido resumen de los argumentos que había avanzado anteriormente, a que da una forma más incisiva y penetrante, que los grabe con más fuerza en la imaginación del auditorio. En esos finales es donde generalmente se encuentran sus observaciones más amplias y sus más brillantes fórmulas políticas.

No era sólo en la composición general de su discurso en lo que Cicerón le servía de maestro y de modelo. Cuidaba como él la pureza de la lengua y la armonía de la frase. Su estilo era sencillo, de una rara sobriedad, que hace contraste con la profusión retórica que dominaba el gusto de su tiempo. En sus discursos son raras las metáforas; busca la claridad, la palabra transparente, la frase límpida. Ser claro era su aspiración y era su fuerza, porque siempre lo que nos parece claro también nos parece verdadero.

La elocución de don Victorino era flúida y fácil; las palabras venían a sus labios, sin vacilación y sin esfuerzo, sin que se dejara traslucir el trabajo de la elaboración intelectual. Articulaba con la más esmerada corrección, haciendo sonar todas las letras y valer todas las diferencias ortográficas.

Cuando hablaba en público, desaparecía en esa pronunciación meticulosa lo que pudiera mirarse como afectado en sus conversaciones de salón; por el contrario, contribuía a la claridad de sus palabras, a su más fácil y completa percepción.

Sobre todas estas grandes cualidades, sobre el prestigio que le daba su pasado y la autoridad que le daba su experiencia, flotaba esa atmósfera de irresistible y poderosa simpatía, esa seducción que siempre envuelve la palabra que se levanta a defender los eternos principios del derecho y la justicia.

Todo eso contribuyó a formar la impresión que produjeron los discursos de Lastarria y casi todo eso ya se ha evaporado. Sólo nos quedan flores secas, que han perdido su perfume y que sólo tienen, para los que oyeron al orador, la melancolía evocadora del recuerdo.

En don Victorino el orador valía más que el escritor; pero éste nos ha llegado todo entero, y apenas si han perdido algo sus escritos con haber perdido la oportunidad que aumentaba su valor, y aun cuando la difusión de sus ideas les haya hecho perder la novedad.

En sus escritos aparece con toda su fuerza,—fuerza enorme, si se la juzga; fuerza inmensa, si se le compara con la de los hombres de su tiempo, y sobre todo con la de los hombres que después lo han sucedido.

Se puede discutir sus ideas y hasta execrar sus doctrinas; pero, sin dar una prueba de mal gusto, no se puede desconocer la belleza de su forma literaria, la vivaz energía de su estilo y la suave seducción de su elocuencia. Esa forma tenía un sello propio, personal, que hacía fácil distinguirla y que hacía

casi imposible confundirla. Don Victorino no necesitaba ponerle firma a sus escritos para que todos reconocieran al autor.

Su frase era castiza y el giro de su frase, suelto y natural; no tenía esa rigidez forzada, esas contorsiones violentas, esos adfesios, esas dislocaciones arcaicas, con que los puritanos del lenguaje se creen obligados a desfigurar su estilo.

No creía don Victorino que para manejar con pureza nuestro idioma fuera necesario convertirlo en un *pastiche* de la lengua del siglo XVI.

El vocabulario de Lastarria, recogido en una extensa y cuidadosa lectura de los clásicos, era de una gran riqueza. Domingo Arteaga, que era un fino y escrupuloso observador en la materia, hizo la observación que, prescindiendo de Ambrosio Montt y sin exceptuar ni siquiera al señor Bello, era don Victorino el escritor americano que había usado mayor número de voces. Esa riqueza de expresión es uno de los méritos literarios de Lastarria y debiera llevarnos a frecuentar su lectura para salir de nuestra pobreza franciscana.

En su amor por la precisión en el lenguaje y en su constante empeño por hacer que la palabra reflejara bien el pensamiento, no vacilaba en aceptar las palabras extranjeras que no tenían un apropiado y riguroso equivalente. Más aun, aceptaba el neologismo y solía entretenerse en fabricar palabras nuevas. Fue don Victorino el inventor de la palabra *ciútico*, que designa de una manera tan feliz el tipo social a que se aplica.—«Dirán de mi los *ciúticos* lo que quieran, pero no podrán decir que no los he sabido bautizar... y para siempre»!, agregaba riendo alegremente.

Ese amor por el cultivo de la lengua era un rasgo extraño y casi contradictorio en el carácter de Lastarria y en las tendencias innovadoras de su espíritu. Lastarria odiaba todo lo español; creía que todos nuestros defectos eran heredados de España y que todos nuestros vicios eran españoles. Para explicarnos este sentimiento, nos basta recordar que la infancia de Lastarria había transcurrido cuando estaban frescos y palpitantes los horrores de la reconquista española, y que sus ojos de

niño contemplaron día a día los escombros humeantes de Ranagua y oyeron repetir a las gentes de su pueblo los horrores de esa heroica y lúgubre jornada. Su infancia había sido, pues, una constante impregnación de ese odio.

Más tarde sus doctrinas democráticas, en abierta oposición con las ideas que predominaban en la literatura y la política española, debían acentuar más todavía esa aversión por todo lo español.

Hay en su *América* una página elocuente en que se siente el soplo perturbador de esa pasión que arrastra su criterio hasta precipitarla en la injusticia.

Es una página en que comenta los conocidos versos de Quintana:

«Su atroz codicia, su inclemente saña
Crimen fueron del tiempo y no de España.»

Basta esa excusa para despertar su ardiente y ciega indignación.

Y en ese mismo libro, casi al lado, hay otra página en que comentando los versos de «uno de esos rimadores que mejor representan el atraso de España», decía:

«Que ahora y siempre el argonauta osado
Que del mar arrostrase los furores,
Al arrojar el ánora pesada,
En las playas antípodas distantes,
Verá la Cruz del Gólgota plantada
Y escuchará la lengua de Cervantes.»

«Este pensamiento, agrega, ha sido mil veces parafraseado por los estériles y atrasados escritores castellanos.»

La religión y la lengua, dice Lastarria, es lo que España se vanagloria de habernos dejado, y para hacernos ver lo que eso significa para el desarrollo de la civilización y la cultura, nos exhibe la pequeñez moral de las ideas que servían de base al catolicismo español, esa religión no es más que «un instrumento de dominación y sus ministros no hicieron otro papel que el

de socios del poder civil en la explotación de la colonia». Esa mezquina religión para él no vale nada ¿y la lengua? ¡Ah! en presencia de la lengua española se extingue bruscamente el ardor de su invectiva, el odio se desarma, y nos dice simplemente, sin agregar un solo comentario: «la lengua española es hermosa, y por su flexibilidad y vigor puede llegar a ser el digno instrumento de la ciencia, de las artes y de los derechos de una gran democracia hispanoamericana».

La tendencia natural de su espíritu y la corriente de su tiempo debía, por el contrario, haberlo llevado a una abierta rebelión en contra de las fórmulas autoritarias del lenguaje; debieron hacerlo abandonar el estilo periódico de los escritores españoles y adoptar las formas libres del estilo cortado, que Víctor Hugo, Michelet y sobre todo Girardin popularizaban en esa época. Estaba más en armonía con su espíritu la frase libertosa con que nos había familiarizado Justo Arteaga, más en armonía con toda su doctrina el Código literario formulado por Sarmiento: «Adquirid ideas, nutrid vuestro pensamiento y cuando vuestro pensamiento se despierte, echad miradas sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, y en seguida escribid con amor, con corazón y escribid en seguida lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo y agradecerá al lector, aunque rabie Garcilaso».

Pero don Victorino sentía la secreta, irresistible influencia de un amor por las formas españolas del lenguaje. ¿De dónde venía ese amor? Tal vez del fondo de su raza.

La abuela de don Victorino era López; era hermana de ese espiritual padre López que fué el Quevedo de nuestra poesía colonial; era hija del asesor de Jáuregui, de uno de los espíritus más elevados y más cultos que se han producido entre nosotros, del audaz defensor de Tupac Amaru, que en plena colonia, sacrificando su alta situación y su fortuna, se levantó a defender el derecho de los herederos de los Incas para recobrar con las armas en la mano el dominio soberano de sus tierras. Ese hombre había sido maestro de nuestra lengua en la Universidad de San Felipe, la amaba, y defendía su corrección y su

pureza. No podía soportar que en su propio hogar se la ultrajase.

De ahí una corrección hereditaria y familiar, que después vino a acentuar la influencia y la enseñanza de don José Joaquín de Mora, que fué en su época uno de los escritores españoles más castizos. De ahí el amor por la lengua de esa raza que él odiaba, pero de que no podía desprenderse.

He dicho que Ambrosio Montt era un artista de la palabra, que jugaba con ella como con una joya, que bruñía y esmaltaba; ahora agregaré para acentuar mi idea, que don Victorino era el Sacerdote de la palabra, que parecía tomar con el respeto de algo consagrado y misterioso, como la hostia santa en que se va a encarnar el pensamiento.

Ese sentimiento se refleja en la majestuosa solemnidad de sus períodos, en que las frases se suceden con un ritmo acompasado, con la pomposa gravedad de una teoría religiosa. De ahí cierta monotonía en su lenguaje, pero esa monotonía sonora no fatiga, es la monotonía cadenciosa de las olas. Por eso para apreciar la prosa de Lastarria en su valer, es necesario leerla en voz alta, y es necesario seguir en la lectura su propia puntuación, que no es la gramatical sino la eufónica.

Ese amor de Lastarria por la lengua española, sedimento que había dejado en su espíritu su primera educación, se incrustó en su naturaleza y permaneció en ella inalterable. Después vino la reflexión y el estudio a extender sobre esa capa primitiva sus doctrinas políticas, sus principios democráticos, sus tendencias filosóficas.

De ahí un antagonismo de ideas que, sin embargo, el espíritu de Lastarria conciliaba; porque ese culto por la corrección y pureza de la lengua no iba hasta someterse a los dictados de cualquiera autoridad; no iba más allá de una espontánea y libre aceptación de las leyes naturales del idioma, del genio de la lengua, como a cada cual se lo descubre el estudio atento de los clásicos. Era la doctrina del libre examen aplicada al estudio del idioma.

Por eso para don Victorino no había en el fondo ninguna autoridad en esta materia sino su propia autoridad; miraba con

profundo desdeñ los preceptos que dictaba la Academia en su gramática, y con cierta indiferencia los preceptos más uniformes y más lógicos de Bello. No concedía al señor Bello ni a los académicos de España conocimientos que valieran más que los suyos en materia de lenguaje.

Y así cuando Lastarria nos pedía que cuidáramos la corrección y la pureza del lenguaje, sólo nos pedía que estudiáramos la lengua en nuestros clásicos, que tratáramos de absorber en esa fuente el alma y las leyes naturales del idioma, [dejándonos después en libertad para aplicarlas como cada cual las hubiera comprendido.

De esa manera para él desaparecía la imperiosa autoridad de los preceptos y ese espíritu conservador que en general domina en el criterio de los que defienden la corrección y la pureza de la lengua.

Todas estas cuestiones que apasionaban en otro tiempo los espíritus, han perdido ahora su importancia y tal vez tenga en esto alguna parte el decaimiento de nuestro criterio doctrinario, de ese criterio que era entonces tan vivo y suspicaz.

En el fondo de esa cuestión del estudio de la lengua veíamos levantarse la cuestión candente de nuestra forma de gobierno. ¿Cuál debía ser la autoridad que gobernase en nuestro idioma, la autoridad soberana, irresistible, ineludible?

No podíamos aceptar el gobierno absoluto de las antiguas academias, que arrancaban su autoridad de la caprichosa elección de los monarcas, o se engendraban a sí mismas dominadas por el conservador espíritu de casta.

Don Andrés Bello tampoco la aceptaba al establecer como base de la corrección gramatical el «buen uso, esto es, el uso de la gente educada». Esa era una transacción entre el régimen absoluto de las antiguas monarquías y el régimen democrático de las sociedades modernas, una transacción que entregaba el gobierno de la lengua a esa institución aristocrática de la gente educada.

Al gobierno absoluto de las viejas Academias y al gobierno aristocrático de Bello, naturalmente preferíamos nosotros el régimen democrático, que somete el gobierno de la lengua a la

soberana consagración del uso público. Lo que el uso consagra es lo correcto.

El idioma evoluciona a nuestra vista, y la filosofía del lenguaje nos demuestra que esa evolución es lógica, es natural y es necesaria; que es inevitable el cambio de expresión cuando cambian las ideas y los sentimientos que traducen, y que es inevitable el crecimiento a medida que se desarrollan las artes y las ciencias, a medida que cambian los hábitos y las necesidades de la vida. Dejemos que esa evolución se haga libremente, y que sea el uso público, el voto de cada uno, el sentir que predomine, el árbitro supremo del lenguaje.

Don Victorino no podía estar muy lejos de mirar las cosas de igual modo, pero nos pedía que no abandonáramos la índole hermosa de la lengua y la fuéramos a buscar en la lectura de los clásicos.

Esas viejas discusiones ya están muertas y sólo las he querido renovar para hacer revivir el recuerdo del ambiente en que Lastarria se movía y de la influencia que el criterio político ejercía sobre el criterio literario.

Ahora la cuestión de la forma literaria es muy diversa. El conflicto está ahora entre la forma plástica de Goethe y la forma simbólica de Richter; es el viejo, el secular conflicto entre el espíritu claro y luminoso de la Grecia y el espíritu sombrío de Judea, entre el espíritu objetivo que contempla con entusiasmo y admiración la vida universal y el espíritu subjetivo que por todas partes busca y persigue lo invisible.

He tratado de pintar en estas páginas la figura de Lastarria a la luz de mis impresiones y recuerdos, pero necesito todavía colocar esa figura en su nivel, es decir, darle la altura en que nosotros la veíamos para que sea posible formarse una idea de la impresión que entonces producía.

No me refiero a la altura intelectual. Don Victorino, aquí y fuera de aquí, era considerado como el primer publicista de la América latina. Sarmiento y Mitre, López y Alberdi, Guima-

raes y López Netto, D. Felipe Pardo y el clérigo Vigil, Samper y Caro, todos ellos se inclinaron ante su preeminente situación intelectual.

Me refiero a la altura social.

En el curso de pocos años nuestra sociedad ha experimentado una transformación tan rápida y violenta, que ahora se hace difícil comprender un pasado que, sin embargo, casi tocamos con la mano.

Consideraciones de diverso género, y sobre todo consideraciones políticas, habían dado en ese tiempo un gran prestigio al valer intelectual. La inteligencia tenía en aquella sociedad un valor preponderante.

Ahora que la fortuna es casi todo lo que se considera y se respeta; ahora que la fortuna todo lo absorbe y lo reemplaza, todo lo usurpa y justifica, podemos difícilmente comprender aquella sociedad, que cerraba desdeñosamente su puerta a la fortuna y respetuosamente las abría al valer intelectual. El talento y la fortuna son dos factores sociales que han invertido por completo sus valores. Se estimaba entonces la fortuna casi en lo mismo que ahora estimamos el talento, y se rendían entonces al talento casi los mismos homenajes que ahora se tributa a la fortuna.

Es difícil comprender esa inversión para los que no han vivido en ese ambiente; necesitan un esfuerzo de imaginación muy poderoso para comprender esa organización social en que se levanta un gran talento, por sí solo, a la más alta situación.

Hemos dicho que había una influencia política en el fondo del prestigio social que envolvía a la inteligencia en aquella época.

La opinión pública había adquirido cierta fuerza y podía en algunas partes luchar ventajosamente con la más formidable intervención electoral, y llevar triunfante a las urnas algunos de sus candidatos al Congreso. Un interés de partido, elemental y poderoso, hacía que para esos puestos se eligiera a los hombres de mayor prestigio intelectual, a los que con más elocuencia y eficacia, defendieran sus aspiraciones y doctrinas.

Ese pequeño grupo opositor no inquietaba a los hombres de

gobierno por su número, pero lo obligaba a llevar, entre los que iban a formar su mayoría, a los hombres de talento que tenían de su lado; los obligaba a buscar un amparo intelectual en esa lucha en que los dos bandos se iban a disputar el prestigio y el favor de la opinión.

Eso obligó a los hombres de gobierno a hacer esfuerzos por atraerse las inteligencias que veían descollar, a ofrecerles situaciones oficiales y ese prestigio brillante, que instintivamente se respeta.

Así llegamos hasta una situación en que casi todos los hombres que ocupaban los más elevados puestos de gobierno se lo debían todo a su exclusivo valer intelectual. Casi todos habían conocido la pobreza, y algunos también la oscuridad.

Ver abrirse ante el prestigio del talento de un hombre oscuro y pobre las puertas de una sociedad que golpeaba en vano la opulencia, es un espectáculo que entonces se veía y que ahora es difícil concebir.

Pero lentamente fué adquiriendo la fortuna mayor valor y más derechos: iban aumentando las necesidades y las exigencias de la vida, se fueron haciendo más dispendiosos nuestros hábitos, creciendo la necesidad y la influencia del dinero, hasta llegar un momento en que el inevitable desequilibrio se produjo, y rodó la sociedad por la rápida pendiente que la llevaba hacia una nueva situación.

Un hecho vino a poner de manifiesto esa tendencia, que empujaba, invisible y silenciosa. Lo recuerdo en todos sus detalles.

Recuerdo esa tibia noche de verano en que en uno de los salones del edificio que ahora ocupa el Club de la Unión, se reunió la Convención del liberalismo opositor, del liberalismo de los Clubs de la Reforma. Esa Asamblea de los hombres más prominentes y prestigiosos del partido iba a designar al candidato que sucediera en la Presidencia al señor Pérez; es decir, que iba a señalar al hombre que encarnara las tendencias y las aspiraciones liberales, en una lucha imposible y desigual con las abrumadoras fuerzas oficiales.

En esas condiciones la designación de la Asamblea parecía

que iba a ser sólo un honor; pero fué también la revelación de una tendencia. En esa reunión se designó a don José Tomás Urmeneta como candidato de los grupos liberales.

Don Victorino y Ambrosio Montt salieron juntos. Yo los esperaba con más curiosidad que inquietud. Me sorprendió un poco su silenciosa entrada en el salón.

El silencio de Ambrosio era el de una desdeñosa indiferencia; el silencio de Lastarria el de una sombría y tempestuosa indignación.

—«Curioso contraste, dijo Ambrosio en su tono más epigramático. Hace veinte años se juntaron en esa misma sala los hombres más ricos de Chile para designar a un candidato y eligieron al hombre de más talento, a don Manuel Montt. Ahora se han reunido en esa misma sala los hombres de más talento de Chile para designar un candidato y han elegido al más rico, a don José Tomás Urmeneta.»

—«Sí, compradre,—le contestó don Victorino con acento amargo,—ese contraste es curioso y significativo. Lo que acaba de pasar en esa reunión marca un momento en la historia de este pobre país.»

Y en efecto, lo que había determinado la designación de Urmeneta no era la energía de su carácter, ni su actividad emprendedora, ni su poderosa iniciativa, era su fortuna, era el dinero, que podía desparramar sin sacrificios en esa lucha estéril.

Tenía razón don Victorino para ver ahí una manifestación todavía oscura y vaga del poder electoral de la fortuna. La fuerza de las exigencias políticas podría durante algunos años mantener todavía el equilibrio.

Pero llega un día en que la libertad electoral se abre camino, en que el régimen de las influencias oficiales es reemplazado por el régimen del cohecho electoral, en que las elecciones se compran y se venden, y en que sienten los partidos, que para asegurar el triunfo en la lucha electoral, deben elegir a los hombres que pueden llevar a esa lucha más dinero. La cuota inclina la balanza; la fortuna pesa más que la inteligencia, y se desvanece la razón del ser del valer intelectual en la política.

De ahí el contraste entre los brillantes debates de otro tiem-

po, envidiable orgullo de nuestro Parlamento, y las pedestres y arrastradas discusiones de ahora, en que sólo de tarde en tarde luce un fugaz resplandor intelectual, y en que se siente muchas veces el grosero jadear de un pugilato.

Atravesamos en nuestra vida política una hora de crisis, en que se dejan sentir las consecuencias del desequilibrio, entre la libertad que establecen nuestras leyes y la atmósfera social en que se aplican.

Pero no era tal vez esto lo que Lastarria preveía, no era tal vez esto lo que oscurecía su horizonte y lo hacía mirar el porvenir con amargura, si no el predominio de la política de los intereses materiales que Urmeneta encarnaba en realidad.

Lo que execraba Lastarria, y despertó seguramente sus alarmas, era el absorbente predominio de lo que hoy llamamos la política económica, y que entonces se llamaba la política de los intereses materiales. Es difícil ahora comprender el desdén y el desprecio que esas palabras encerraban para los que sólo habían vivido preocupados del desarrollo y engrandecimiento intelectual, de una política desinteresada y generosa, haciendo a sus ideas duros y hasta heroicos sacrificios.

Esa política que hace consistir la prosperidad y la grandeza de los pueblos en su desarrollo material y su riqueza, crea una atmósfera social en que la persecución de la fortuna es el móvil exclusivo a que obedece el individuo, porque el ideal individual es siempre un reflejo del ideal social.

En esa carrera loca detrás de la fortuna, rápidamente se va sacrificando todo lo que hay de desinteresado y generoso en nuestro espíritu, se pierde el sentimiento del honor, desaparece hasta la vulgar delicadeza. En esas sociedades un criterio sin escrúpulos lleva a una ciega adoración del éxito. Alcanzar la fortuna es alcanzar la suprema absolución; poco importa el camino recorrido; poco importa lo que se ha atropellado en la carrera. No hay para que mirar hacia el pasado.

La política no solamente da una exaltación disforme al egoísmo, haciendo que todo se subordine y todo gire alrededor de los intereses personales sino que también le da a esos intereses el monstruoso poder de un disolvente de todos los lazos de la

sociedad y de la familia: todo salta hecho pedazo apenas surge el más pequeño conflicto de intereses. *Les affaires sont les affaires!* esa es la fórmula sin afectos, sin entrañas, sin recuerdos, que disuelve los lazos del agradecimiento, y de la sangre. Los negocios son los negocios!... y todo queda dicho.

A la sombra de esa política de los intereses materiales, todo lo que hay en la naturaleza humana de noble y generoso, se oscurece, marchita y sucumbe, como a la sombra mortal del manzanillo.

Cuando la riqueza y el esplendor material es la aspiración exclusiva de un régimen social, cuando la adquisición de la fortuna es el móvil que inspira nuestros actos, nos alejamos del trabajo intelectual improductivo; abandonamos el estudio de las doctrinas, el cultivo de las letras, esa soñadora contemplación de la belleza, que es el alma de las artes, abandonamos todo la que constituye la verdadera civilización y la cultura, y si no abandonamos la ciencia es porque, como decía Schiller, convertimos la diosa en una vaca lechera.

Ese abandono inevitable de la cultura intelectual; ese menosprecio desdeñoso de los principios y doctrinas a que había consagrado todos los esfuerzos de su vida, debía naturalmente despertar la aversión profunda de Lastarria.

Más todavía. En esa política de los intereses materiales él no podía ver más que un ardid de la astucia reaccionaria, que con una afectada indiferencia desviaba nuestra atención de las reformas que exigía nuestro defectuoso régimen político y social. Con los mirajes del engrandecimiento material y la riqueza, quedaríamos hipnotizados, inmóviles, sumergidos en ese quietismo con que sueña el espíritu conservador y que esa política sirve en realidad.

Pero esa orientación de la política está fatalmente condenada. Lleva en sí misma los gérmenes de su propia destrucción.

Esa política que magnifica el egoísmo, y nos hace ver todo al través del prisma perturbador del interés, por un ineludible proceso psicológico, principia por hacernos confundir el interés personal y el interés público, por hacernos creer que lo que a nosotros personalmente nos conviene es lo que al país entero

le conviene. Damos entonces sinceramente nuestro voto, creyendo servir a la nación, cuando en realidad, es sólo nuestro interés lo que servimos. Después, llega un momento, en que esa ilusión es imposible, en que nuestro propio interés y el interés público están en el más violento antagonismo.

Dentro de la lógica del egoísmo no podemos vacilar y defendemos el interés personal con nuestro voto.

De ese voto consciente en contra del interés público, sirviendo nuestro propio interés, no hay más que un paso para llegar hasta poner nuestro voto al servicio del interés ajeno, cuando ese servicio es provechoso.

Y así esa política deplorable va rodando hacia el abismo, hasta que se forma la conciencia pública de que no es el supremo interés de la nación lo que gobierna, y que hay otros intereses, que pesan más en la balanza y que deciden; hasta que se levanta en la conciencia pública esa afirmación tremenda de la historia: los que principian por comprar su elección acaban siempre por vender su voto!

Entonces el instinto de conservación hace pedazos ese régimen social. Entonces es inevitable la reacción. La sociedad para salvarse restablece el equilibrio; vuelve a levantarse el valor del prestigio intelectual y baja a su nivel el valor de los intereses materiales.

En la vida y la política, debemos tomar en consideración los intereses materiales, eso es lo natural; pero dar a esos intereses un valor preponderante, eso es lo absurdo. La sociedad no puede vivir en el absurdo. El desequilibrio de la situación que atravesamos tiene que pasar y pasará.

Quiero terminar estos recuerdos con un eco del pasado, repitiendo palabras de otro tiempo. En el discurso inaugural del Primer Congreso Científico de Chile, dirigiéndome a los que consagraban sus esfuerzos a nuestro desarrollo intelectual, les decía:

«Alumbrad, señores, vuestras hora de lucha y de inevitable desaliento, con el recuerdo de que las mismas leyes imperan en el mundo físico y en el mundo moral. Recordad que cuando sonaron para la Grecia las horas de su desastrosa decadencia,

cuando la barbarie poderosa y triunfante derribó de sus altares las obras del arte, entonces la madre naturaleza las recogió en su seno, y la cubrió piadosamente con la yerba de las ruinas, aguardando tiempos de mayor cultura intelectual, esperando el día en que volviese a brillar el amor al arte en el cielo de la humanidad. Y cuando llegó ese día, la azada de un campesino descubrió a la Venus de Milo, que la naturaleza devolvía a la admiración y al culto de los hombres.»

AUGUSTO ORREGO LUCO.